



ILÍADA y ODISEA

Selección de textos

HOMERO




EDITORIAL
CASTALIA

Colección: Castalia Prima

ILÍADA y ODISEA

(Selección de textos)





Castalia Prima

DIRECTOR:
Fernando Carratalá

HOMERO

ILÍADA y ODISEA
(Selección de textos)

Edición a cargo de
M.^a Esperanza Cabezas Martínez

Presentación
Luis Ferrero Carracedo



Castalia participa de la plataforma digital **zonaebooks.com** Desde su página web (www.zonaebooks.com) podrá descargarse todas las obras de nuestro catálogo disponibles en este formato.

En nuestra página web **www.castalia.es** encontrará nuestro catálogo completo comentado.

Diseño de la portada: RQ

Primera edición impresa: 2004
Primera edición en e-book: septiembre de 2010

© de la edición: M^a Esperanza Cabezas, 2004
© de la presentación: Luis Ferrero, 2004

© de la presente edición: Castalia, 2010
C/ Zurbano, 39
28010 Madrid

«Actividad subvencionada por ENCLAVE»

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 978-84-9740-367-2
Copia digital realizada en España

A Violeta

Presentación

Joven lector...

Tienes entre tus manos algo más que una obra literaria. La *Ilíada* y la *Odisea* —y, por tanto, los textos que para ti hemos seleccionado en esta antología— son dos tesoros milenarios que un pueblo genial —el pueblo griego que creó la tragedia, la filosofía y la democracia— nos dejó para gozarlos y para alimentar y revitalizar, cada vez que de nuevo los leemos o escuchamos, la savia de nuestra grandiosa cultura, la que configuró a Europa y que hoy, en cierto modo, extiende su presencia a todos los rincones de la tierra.

Género literario

Tesoros milenarios son estas primeras creaciones literarias de Europa que, por pertenecer al género épico en el que se canta la grandeza de los héroes, se llaman epopeyas. Más de tres veces milenarios, sin duda, en sus primeras formas de gestación y de expresión, cuando los aedos o rapsodas de ese tiempo lejano, como los cantautores de hoy en día, cantaban o recitaban sus versos acompañados de una lira, o más tarde de un músico flautista. Porque todo esto —el canto o la recitación de largos poemas épicos— ya había comenzado cuando todavía no se conocía el hierro —o era tenido por un metal precioso y raro—, para recordar y cantar las hazañas de los nobles guerreros —la guerra, como la virtud y la excelencia, entonces eran sólo cosa de los nobles—, que con sus cascos y escudos de metal o de cuero, con sus lanzas y sus carros de bronce y con sus naves de negra pez embetunadas, dejaban su ciudad natal para luchar, bajo la tutela o la ira de los dioses, por una causa que consideraban justa.

Autor

Dice la tradición que fue Homero, poeta ciego, quien compuso estos poemas primordiales, en el siglo VIII antes de Cristo —hace algo más de 2.700 años— en la región costera del Asia Menor llamada Jonia —y que hoy forma parte de Turquía—, habitada entonces por griegos que habían emigrado de la península y de las islas griegas unos siglos antes.

Pero ¿quién fue Homero? ¿Fue un rapsoda de carne y hueso o sólo una creación de la memoria popular y la leyenda? La discusión de los estudiosos ha sido larga y las respuestas muy diversas. Es cierto que los poemas tienen una larga gestación y se hunden en un remoto pasado; pero de lo que no cabe duda es de que alguien, con excepcionales dotes de recitador y de poeta, tuvo que dar forma escrita a estos grandes poemas. Quién fue quizá fuera lo menos importante, aunque esta cuestión hoy nos intriga y nos fascina, porque en el fondo el autor era el pueblo. Si Homero no existió, los griegos tuvieron que

inventarlo. Homero, inventado o real, ha sido el poeta más genial de la literatura europea.

Tema

Te extrañarás quizás de esta última afirmación cuando te zambullas en la lectura de los fragmentos que te ofrecemos de los dos grandes poemas. Porque en principio te sentirás lejano y como ajeno a lo que en ellos cuenta y canta Homero. ¿Por qué tanto interés en contar la cólera de un héroe, Aquiles o Aquileo, hijo de una diosa, que en principio parece dejarse llevar más bien por su capricho de guerrero que se sabe imprescindible para lograr la victoria en una guerra desatada por el rapto de una mujer? ¿Qué pintan, pensarás, esos dioses y diosas tan humanos que se celan entre ellos, que tienen sus guerreros favoritos y que manejan a los hombres como si fueran marionetas de un teatro? ¿Qué idea del honor, qué sentido de la vida tienen esos héroes que raptan mujeres, buscan denodadamente la destrucción del enemigo y se mueven con frecuencia por el espíritu de venganza? ¿Por qué, después de esa extraña guerra, otro de los héroes, Ulises u Odiseo, tiene que dar mil vueltas y experimentar mil aventuras antes de regresar de nuevo a su patria?

Contexto histórico

Necesitas aprender a «leer» los poemas. Y para ello es preciso que te acerques al mundo en el que Homero escribe y sobre el que escribe. La *Ilíada* tiene como trasfondo una legendaria guerra, la guerra de Troya. La *Odisea* recrea un ambiente diferente con ocasión de la dilatada vuelta a casa, llena de peripecias, de un héroe de esa guerra. Se habla, pues, en primer lugar de una ciudad que ya Homero no conoció y que llegó a pensarse que era una ficción poética: Troya, también llamada Ilión —y de ahí la *Ilíada* como título que se le ha dado al poema. Pero hoy ya nadie pone en duda la existencia histórica de Troya, situada en el norte de la costa del Asia Menor, a la entrada del estrecho que comunica el Mediterráneo con el Mar Negro, en la actual Turquía. Hoy sabemos, después de su descubrimiento por H. Schliemann en 1871 hasta las recientes investigaciones arqueológicas de Korfmann, y el hallazgo de nuevos documentos, que la ciudad de Troya, muy ligada al imperio hitita, tuvo una extensa historia de destrucciones y reconstrucciones y que alcanzó gran esplendor hacia mediados del segundo milenio antes de Cristo.

Contra Troya —según los estudiosos, contra la llamada Troya VIIa que floreció en el siglo XIII antes de Cristo— emprendieron una larga guerra los griegos, llamados aqueos, argivos o dánaos. Hoy sabemos también, como atestiguan testimonios hititas o egipcios, que la denominación de aqueos, argivos o dánaos se refiere a los griegos que poblaron Grecia en el segundo milenio antes de Cristo, en la era del bronce, y que normalmente son llamados griegos micénicos, por ser Micenas, ciudad de la que Agamenón fue rey y que también descubrió Schliemann, la ciudad más significativa e importante.

De estos griegos micénicos podemos afirmar muchas cosas: que ya hablaban griego; que tenían un régimen monárquico centralizado en un palacio, como el de Néstor en Pilos o el de Odiseo en Ítaca; que su religión y sus dioses son el antecedente de los dioses y la religión griegos de la época clásica—esos dioses tan humanos que representan la humanización de las fuerzas incontrolables por el hombre—; que utilizaron una escritura silábica —llamada lineal B y que llegó, con gran esfuerzo e ingenio, a descifrar el arquitecto inglés M. Ventris en 1952— utilizada, en tablillas de barro, por los funcionarios del palacio con fines esencialmente burocráticos; y que ya cultivaron la composición y recitación de versos en la forma métrica en la que Homero compuso sus poemas (la forma hexamétrica, con versos de seis pies o metros). Hoy conocemos, por la arqueología, la existencia histórica no sólo de Micenas, sino también de otras muchas ciudades micénicas como Pilos, Tebas, la antigua Atenas, etc., muchas de ellas nombradas por Homero en sus poemas.

Contexto literario

Los poemas homéricos tienen, pues, su origen lejano en este mundo micénico del segundo milenio antes de Cristo. Ten en cuenta que, como acabamos de indicar, la tradición de la poesía hexamétrica ya era practicada por los griegos 800 años antes de Homero. Los aedos y rapsodas tenían, pues, una larga tradición. A lo largo de estos 800 años fueron elaborando y recreando sin interrupción las viejas historias, adaptando los viejos poemas a las nuevas circunstancias, introduciendo nuevos motivos, nuevos elementos, como armas, vestidos, enseres, reflejando en sus improvisados cantos los nuevos intereses de los oyentes, las nuevas estructuras, formas sociales, etc. Y esto es lo que encontrarás en la *Ilíada* y la *Odisea*: por un lado, por ejemplo, las cuadrigas que eran carros tirados por cuatro caballos en la época de Homero, no existieron en la época micénica, en la que sólo existían bigas o carros tirados por dos caballos, y sin embargo aparecen en la *Ilíada*; y, por otro lado, en tiempo de Homero ya no existía el antiguo escudo de piel adornado con colmillos de jabalí, tal como aparece en el poema. Podríamos decir que los poemas homéricos son una amalgama de elementos heredados de la cultura micénica y de elementos propios de una nueva sociedad griega —la del siglo VIII antes de Cristo— que después de unos siglos un tanto oscuros tras la llegada a la península griega del pueblo dorio hacia el 1200 antes de Cristo con la cultura del hierro, brotaba con nueva fuerza creadora en todos los campos.

Y además en este momento —en el siglo VIII antes de Cristo— sucede algo decisivo: se introduce en Grecia la nueva escritura con el alfabeto fenicio y se comienzan a organizar grandes festivales en los que la recitación de largos poemas tendrá un papel fundamental. Es en este nuevo ambiente y en un lugar periférico, las costas jónicas, donde Homero escribe o dicta sus poemas.

La *Ilíada* y la *Odisea* fueron compuestas, pues, en el momento de un nuevo renacer de la cultura griega: además del alfabeto, se introduce la moneda, aparece el nuevo comercio y comienza la nueva colonización. A la clase dirigente se le presentaban nuevos retos y nuevos problemas. Era necesario

proclamar otros valores, otros ideales poniendo en discusión los valores heredados. No lo olvides: poner los valores en discusión es novedoso. Será el comienzo de algo asombroso y decisivo: la cultura occidental que es la tuya, la nuestra, aquella en la que vivimos, nos movemos y somos.

Estos nuevos valores los expresa el poeta introduciendo elementos dramáticos, creando una tensión cercana a lo trágico —la gran tragedia griega recogerá muchos motivos homéricos— a la hora de cantar el sufrimiento y el destino del héroe. El héroe homérico ya no es sólo el glorioso guerrero admirado por su fuerza y por alcanzar la victoria, sino que su grandeza estará en su hombría, adornada por la justicia, la templanza, la fortaleza, la sabiduría. En algunos fragmentos se recogen hermosas escenas en las que Homero canta la grandeza de la gratitud, de la compasión, de la dulzura y del afecto. Es un héroe nuevo, idealizado, el que Homero nos ofrece. Agamenón, Néstor, Diomedes, Odiseo, Ajax, Héctor, Aquileo...: en medio de un ambiente de guerra encontrarás en ellos actitudes conmovedoras. Seguramente te resultará inolvidable la escena en la que el troyano Príamo, padre de Héctor, y el griego Aquiles se encuentran frente a frente, hasta llegar a la admiración mutua: es la nueva humanidad del héroe. Podemos decir que con Homero comienza a nacer el hombre occidental.

Forma expresiva

También queremos indicarte algo en cuanto a su forma expresiva. Porque también en este aspecto, cuando leas los fragmentos, topará con un hecho peculiar que te resultará sin duda llamativo: la constante repetición de una serie de epítetos (el celerípede Aquileo; el divinal Odiseo; el tremolante casco de Héctor; Atenea, la de ojos de lechuza...), así como ciertas fórmulas estereotipadas para dar comienzo a una nueva escena o a un discurso, por ejemplo. ¿Indican acaso una falta de ingenio del poeta, o una falta de riqueza expresiva? De ningún modo, tal como lo han dejado en claro los estudiosos. Te hemos hablado ya de la forma hexamétrica en que están compuestos estos poemas. El hexámetro es un verso formado por seis pies (o medidas), de los cuales los cinco primeros constan de una sílaba larga y dos breves (-uu) y el último, de una sílaba larga y otra larga o breve (-x), dando el siguiente resultado:

-uu -uu -uu -uu -uu -x

Te ofrecemos, como ejemplo, este verso de la *Ilíada*:

Tōn-d'ā-pā/mēi-bō-mē/nōs-prō-sē/fē-pō-das/ō-kūs-Ā/jī-lēus
(Y a él contestando, le dijo el celerípede Aquiles)

Y también el mismo verso referido a Ulises en la *Odisea*:

Tōn-d'ǎ-pǎ/mēi-bō-mě/nōs-prō-sě/fē-pō-lū/mē-tī s-Ŏ/dū-ssēus
(Y a él contestando, le dijo el ingenioso Odiseo)

Rubén Darío nos ha dejado en español, cuya versificación no es por sílabas largas o breves, sino por tónicas o átonas, un ejemplo famoso de esta forma hexamétrica:

Ín-cli-tas/ra-zas-u/bé-rri-mas,/san-gre-de His/pa-nia-fe/cun-da

A su vez las dos sílabas breves pueden ser sustituidas por una larga, dando así lugar a las múltiples combinaciones dentro del verso, a las que puede acudir el aedo o rapsoda en su poema.

Has de tener, pues, en cuenta que, aunque los fragmentos te los presentamos en prosa, estas obras literarias fueron creadas en verso con una métrica muy precisa. Y también que son poemas que en principio eran recitados y transmitidos oralmente de memoria por los aedos o rapsodas, quienes además tenían que improvisar introduciendo variantes según las circunstancias. Los epítetos les servían para mantener la métrica estricta de los versos; las fórmulas estereotipadas, para recomponer sobre la marcha las largas recitaciones. En el verso de la *Ilíada* que te hemos dado como ejemplo: «Y a él contestando, le dijo el celerípede Aquiles», la expresión «el celerípede Aquiles» ayuda al rapsoda a terminar una composición métrica (un verso) en la que necesita introducir el nombre de Aquiles. Y lo mismo sucede con su repetición en la *Odisea* referida a Ulises. La utilización de expresiones formularias es un hecho que se repite en todos los grandes poemas de tradición oral hasta nuestros días.

Esta edición

Por otro lado, la que aquí te ofrecemos es la ya centenaria versión, ligeramente retocada, de Luis Segalá y Estalella. Tiene cierto sabor arcaizante, como de un lenguaje a veces ya en desuso, que consideramos sin embargo interesante, ya que puede ayudarte a tener, cuando los leas, la sensación de encontrarte ante unos fragmentos poéticos casi tres veces milenarios.

Para ayudarte en la lectura, encontrarás notas a pie de página aclaratorias de referencias culturales, así como de nombres propios y términos poco usuales, en su primera aparición en el texto. El vocabulario principal se recoge también en el glosario de la sección «Para saber más», que puedes volver a consultar cuando lo consideres necesario.

Ilíada

(Selección de textos)

Con el trasfondo de la guerra de Troya como marco general, el tema concreto de la Ilíada es propiamente el de la cólera de Aquiles, el joven hijo del rey de Tesalia, contra Agamenón, el comandante en jefe del ejército aliado aqueo (griego). Junto a Aquiles y Agamenón hay otros dos actores principales: Patroclo, el amigo íntimo de Aquiles, y Héctor, el hijo del rey de la ciudad sitiada y jefe de los sitiados.

En torno a estos cuatro actores gira toda la narración épica, que se centra en tres momentos principales: la negativa de Aquiles a participar con sus soldados en la guerra, la muerte de su íntimo amigo Patroclo con el consiguiente cambio de actitud de Aquiles, y la muerte de Héctor por Aquiles para vengar la muerte de su amigo.

Desde los comienzos del poema se da por consabida la derrota que sufrirá la ciudad de Troya, y a medida que la obra avanza este final va cobrando cada vez mayor evidencia. Pero no por ello los héroes dejarán de pelear denodadamente por conseguir la victoria, como si de un reto a los dioses se tratara, que son los que, en definitiva, han decidido de antemano —como un deus ex machina— el desenlace de la guerra. Porque lo que realmente importa al héroe es realizar grandes hazañas para memoria de los venideros.

El tema de la Ilíada es profundamente épico, y en él se canta el valor de la lucha, la fuerza y el dominio; pero también el valor del honor, de la amistad y de la fidelidad. En los fragmentos seleccionados están recogidos los episodios fundamentales y con más fuerza dramática, así como aquellos en los que el poeta muestra la grandeza humana de los héroes.

I

La cólera de Aquiles (I, 1-246)

Una terrible peste es enviada por Apolo sobre los animales y las gentes del campamento griego. Para conocer la causa de la ira del dios, Agamenón consulta al adivino Calcante, el cual la justifica a causa del ultraje que Agamenón ha ocasionado al sacerdote Crises al negarse a entregarle a su hija cautiva, Criseida.

Agamenón, enfurecido, tiene que ceder a la petición, pero lo hace a cambio de apoderarse de la bella Briseida, que le ha sido entregada a Aquiles. Y este es el hecho que explica la cólera de Aquiles, que no usa la espada contra Agamenón por mandato de Atenea, la cual le promete triples dones en el futuro por esta causa.

Aquiles pide, entonces, a su madre Tetis que interceda ante Zeus para que favorezca a los teucros (troyanos) y acorrale a los aqueos (griegos), hasta que éstos den satisfacción al héroe y lo colmen de honores.

Canta, oh diosa,[1] la cólera del Pelida Aquileo;[2] cólera funesta[3] que causó infinitos males a los aqueos[4] y precipitó al Hades[5] muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves —cumplíase la voluntad de Zeus— desde que se separaron disputando el Atrida,[6] rey de hombres, y el divino Aquileo.

¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Leto y de Zeus.[7] Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste, y los hombres perecían por el ultraje que el Atrida infiriera[8] al sacerdote Crises. Éste, deseando redimir a su hija, se había presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas[9] de Apolo, el que hiere de lejos, que pendían de áureo[10] cetro, en la mano; y a todos los aqueos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba:

CRISES. ¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas![\[11\]](#) Los dioses, que poseen olímpicos palacios, os permitan destruir la ciudad de Príamo[\[12\]](#) y regresar felizmente a la patria. Poned en libertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, a Apolo, el que hiere de lejos.

Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetara al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo[\[13\]](#) el acuerdo, le despidió de mal modo y con altaneras voces:

AGAMENÓN. No dé yo contigo, anciano, cerca de las cóncavas naves,[\[14\]](#) ya porque ahora demores tu partida, ya porque vuelvas luego; pues quizás no te valgan el cetro y las ínfulas del dios. A aquélla no la soltaré: antes le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de su patria, trabajando en el telar y aderezando mi lecho. Pero vete; no me irrites, para que puedas irte más sano y salvo.

Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. Fuese en silencio por la orilla del estruendoso mar; y mientras se alejaba, dirigía muchos ruegos al soberano Apolo, a quien parió Leto,[\[15\]](#) la de hermosa cabellera:

CRISES. ¡Óyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila,[\[16\]](#) e imperas en Ténedos[\[17\]](#) poderosamente! ¡Oh Esminteo![\[18\]](#) Si alguna vez adorné tu gracioso templo o quemé en tu honor pingües[\[19\]](#) muslos de toros o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los dánaos[\[20\]](#) mis lágrimas con tus flechas!

Así dijo rogando. Oyóle Febo Apolo, e irritado en su corazón, descendió de las cumbres del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj[\[21\]](#) en los hombros; las saetas resonaron sobre la espalda del enojado dios, cuando comenzó a moverse. Iba parecido a la noche.[\[22\]](#) Sentóse lejos de las naves, tiró una flecha, y el arco de plata dio un terrible chasquido.

Al principio el dios disparaba contra los mulos y los ágiles perros; mas luego dirigió sus amargas saetas a los hombres, y continuamente ardían muchas piras de cadáveres.[\[23\]](#)

Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. En el décimo, Aquileo convocó al pueblo al ágora:[24] se lo puso en el corazón Hera,[25] la diosa de los niveos[26] brazos, que se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir. Acudieron éstos y, una vez reunidos, Aquileo, el de los pies ligeros, se levantó y dijo:

AQUILEO. ¡Atrida! Creo que tendremos que volver atrás, yendo otra vez errantes, si escapamos de la muerte; pues si no, la guerra y la peste unidas acabarán con los aqueos. Mas, ¡ea!, consultemos a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños —pues también el sueño procede de Zeus—, para que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo: si está quejoso con motivo de algún voto o hecatombe,[27] y si quemando en su obsequio grasa de corderos y de cabras escogidas, querrá librarnos de la peste.

Cuando así hubo hablado, se sentó. Levantóse entre ellos Calcante Testórida, el mejor de los augures[28] —conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guiado las naves aqueas hasta Ilión por medio del arte adivinatoria que le diera Febo Apolo—, y benévolo les arengó diciendo:

CALCANTE. ¡Oh Aquileo, caro a Zeus! Mándasme explicar la cólera de Apolo, del dios que hiere de lejos. Pues bien, hablaré; pero antes declara y jura que estás pronto a defenderme de palabra y de obra, pues temo irritar a un varón[29] que goza de gran poder entre los argivos[30] todos y es obedecido por los aqueos. Un rey es más poderoso que el inferior contra quien se enoja; y si bien en el mismo día refrena su ira, guarda luego rencor hasta que logra ejecutarlo en el pecho de aquél. Dime, pues, si me salvarás.

Y contestándole, Aquileo, el de los pies ligeros, le dijo:

AQUILEO. Manifiesta, deponiendo todo temor, el vaticinio[31] que sabes; pues ¡por Apolo, caro a Zeus, a quien tú, Calcante, invocas siempre que revelas oráculos a los dánaos!, ninguno de ellos pondrá en ti sus pesadas manos, cerca de las cóncavas naves, mientras yo viva y vea

la luz acá en la tierra, aunque hablares de Agamenón que al presente se jacta de ser en mucho el más poderoso de todos los aqueos.

Entonces cobró ánimo y dijo el eximio[32] vate:[33]

CALCANTE. No está el dios quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, sino a causa del ultraje que Agamenón ha inferido al sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el rescate. Por esto el que hiere de lejos nos causó males y todavía nos causará otros. Y no libraré a los dánaos de la odiosa peste, hasta que sea restituida a su padre, sin premio ni rescate, la joven de ojos vivos, y llevemos a Crisa una sagrada hecatombe. Cuando así le hayamos aplacado, renacerá nuestra esperanza.

Dichas estas palabras, se sentó. Levantóse al punto el poderoso héroe Agamenón Atrida, afligido, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al relumbrante fuego; y encarando a Calcante la torva [34]vista, exclamó:

AGAMENÓN. ¡Adivino de males! Jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en profetizar desgracias y nunca dijiste ni ejecutaste nada bueno. Y ahora, vaticinando ante los dánaos, afirmas que el que hiere de lejos les envía calamidades, porque no quise admitir el espléndido rescate de la joven Criseida, a quien anhelaba tener en mi casa. La prefiero, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el talle, ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en devolverla, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero preparadme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que sin ella se quede; lo cual no parecería decoroso. Ved todos que se va a otra parte la que me había correspondido.

Replicóle enseguida el celerípede[35] divino Aquileo:

AQUILEO. ¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los magnánimos aqueos? No sabemos que existan en parte alguna cosas de la comunidad, pues las del saqueo de las ciudades están

repartidas, y no es conveniente obligar a los hombres a que nuevamente las junten. Entrega ahora esa joven al dios, y los aqueos te pagaremos el triple o el cuádruple, si Zeus nos permite algún día tomar la bien murada ciudad de Troya.

Y, contestándole, el rey Agamenón le dijo:

AGAMENÓN. Aunque seas valiente, deiforme[36] Aquileo, no ocultes así tu pensamiento, pues no podrás burlarme ni persuadirme. ¿Acaso quieres, para conservar tu recompensa, que me quede sin la mía, y por esto me aconsejas que la devuelva? Pues, si los magnánimos aqueos me dan otra conforme a mi deseo para que sea equivalente... Y si no me la dieran, yo mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ayante, o me llevaré la de Odiseo, y montará en cólera aquel a quien me llegue. Mas sobre esto deliberaremos otro día. Ahora, ¡ea!, echemos una negra nave al mar divino, reunamos los convenientes remeros, embarquemos víctimas para una hecatombe y a la misma Criseida, la de hermosas mejillas, y sea capitán cualquiera de los jefes: Ayante, Idomeneo, el divino Odiseo o tú, Pelida, [37] el más portentoso de todos los hombres, para que nos aplaques con sacrificios al que hiere de lejos.

Mirándole con torva faz, exclamó Aquileo, el de los pies ligeros:

AQUILEO. ¡Ah, impudente[38] y codicioso! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes ni un aqueo siquiera, para emprender la marcha o para combatir valerosamente con otros hombres? No he venido a pelear obligado por los belicosos teucros,[39] pues en nada se me hicieron culpables —no se llevaron nunca mis vacas ni mis caballos, ni destruyeron jamás la cosecha en la fértil Ptía, [40] criadora de hombres, porque muchas umbrías montañas y el ruidoso mar nos separan—, sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el gusto de vengarnos de los troyanos[41] a Menelao y a ti, ojos de perro. No fijas en ésta la atención, ni por ello te tomas ningún cuidado, y aun me amenazas con quitarme la recompensa

que por mis grandes fatigas me dieron los aqueos. Jamás el botín que obtengo iguala al tuyo cuando éstos saquean una populosa ciudad de los troyanos: aunque la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu recompensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor; y yo vuelvo a mis naves, teniéndola pequeña, aunque grata, después de haberme cansado en el combate. Ahora me iré a Ptía, pues lo mejor es regresar a la patria en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin honra para procurarte ganancia y riqueza.

Contestó en seguida el rey de hombres Agamenón:

AGAMENÓN. Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes; otros hay a mi lado que me honrarán, y especialmente el pródigo[42] Zeus. Me eres más odioso que ningún otro de los reyes,[43] alumnos de Zeus, porque siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dio. Vete a la patria, llevándote las naves y los compañeros, y reina sobre los mirmidones;[44] no me importa que estés irritado, ni por ello me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a Criseida, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu tienda, me llevaré a Briseida, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas bien cuánto más poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo.

Así dijo. Acongojóse el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos cosas: o, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al Atrida, o calmar su cólera y reprimir su furor. Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón y sacaba de la vaina la gran espada, vino Atenea[45] del cielo: envíala Hera, la diosa de los niveos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se interesaba. Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda[46] cabellera, apareciéndose a él tan sólo; de los demás, ninguno la veía. Aquileo, sorprendido, volvióse y al instante conoció a Palas

Atenea, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible. Y hablando con ella, pronunció estas aladas [\[47\]](#) palabras:

AQUILEO. ¿Por qué nuevamente, oh hija de Zeus, que lleva la égida, [\[48\]](#) has venido? ¿Acaso para presenciar el ultraje que me infiere Agamenón Atrida? Pues te diré lo que me figuro que va a ocurrir: por su insolencia perderá pronto la vida.

Díjole a su vez Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

ATENEA. Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieres; y me envía Hera, la diosa de los níveos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se interesa. ¡Ea!, cesa de disputar, no desenvaines la espada e injúriale de palabra como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos presentes. Domínate y obedécenos.

Y, contestándole, Aquileo, el de los pies ligeros, le dijo:

AQUILEO. Preciso es, oh diosa, hacer lo que mandáis, aunque el corazón esté muy irritado. Proceder así es lo mejor. Quien a los dioses obedece, es por ellos muy atendido.

Dijo; y puesta la robusta mano en el argénteo [\[49\]](#) puño, envainó la enorme espada y no desobedeció la orden de Atenea. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Zeus, que lleva la égida, entre las demás deidades.

El Pelida, no amainando en su cólera, denostó nuevamente al Atrida con injuriosas voces:

AQUILEO. ¡Ebrioso, [\[50\]](#) que tienes ojos de perro y corazón de ciervo [\[51\]](#)! Jamás te atreviste a tomar las armas con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más valientes aqueos: ambas cosas te parecen la muerte. Es, sin duda, mucho mejor arrebatarse los dones, en el vasto campamento de los aqueos, a quien te contradiga. ¡Rey devorador de tu pueblo, porque mandas a hombres inútiles!; en otro caso, Atrida, éste fuera tu último ultraje. Otra cosa voy a decirte y sobre ella prestaré un gran juramento: Sí, por este cetro [\[52\]](#) que ya no producirá hojas

ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña; ni reverdecerá, porque el bronce lo despojó de las hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los aqueos que administran justicia y guardan las leyes de Zeus (grande será para ti este juramento): algún día los aqueos todos echarán de menos a Aquileo, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerles cuando muchos sucumban y perezcan a manos de Héctor, matador de hombres. Entonces desgarrarás tu corazón, pesaroso por no haber honrado al mejor de los aqueos.

Así dijo el Pelida; y tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, tomó asiento.

II

Duelo entre Paris y Menelao (III, 268-461)

Con el fin de alcanzar gloria para Aquiles, como había prometido a su madre Tetis, al sentir los griegos la necesidad de su presencia, Zeus envía al Sueño a Agamenón para hacerle saber que debía armar a sus huestes y moverlas a la lucha para tomar la ilustre Troya.

Agamenón pone a prueba a sus hombres aconsejándoles huir a su patria y ve con sorpresa que su propuesta es bien recibida. Pero Hera y Atenea alertan a Odiseo. Éste impide la huida y les da aliento para combatir y tomar la ciudad de Troya y vengar así el rapto de Helena, en el décimo año de su permanencia en el mar. Sólo el feo y parlanchín Tersites se mostraba favorable a volver a la patria, siendo por ello fuertemente recriminado por el héroe y acallada su voz.

Fortalecidos los ánimos, los griegos se disponen a acometer un vivo combate en torno a sus caudillos y príncipes.

Por su parte, la mensajera Iris recomienda a Héctor acaudillar a sus propios conciudadanos y disponerlos en orden de batalla.

En la primera fila de los troyanos destaca Paris, y el griego Menelao se alegra de verlo, aunque no así aquél, que retrocede atemorizado, por lo que es recriminado por Héctor. En respuesta, Paris se ofrece a pelear con Menelao por Helena y sus riquezas, momento en que las huestes debían detener la batalla. La propuesta es aceptada.

La mensajera Iris lleva la noticia a Helena para que presencie el duelo, lo cual hace al lado de su suegro Príamo, ante el que lamenta su suerte, que la había obligado a abandonar su hogar y su familia para venir con Paris.

Los heraldos van en busca de las víctimas para propiciar a los dioses y se hacen los juramentos, de modo que el vencedor se quedaría con Helena y las riquezas. Esto alegra a las huestes, pues así se librarían de la guerra. Pero Zeus no ratifica el voto.

Comenzada la pelea, Paris es puesto en grave peligro y su madre Afrodita lo saca del campo para librarlo de la muerte y lo lleva hasta el tálamo, al que también es conducida Helena, que se duele por la situación en que se encuentra. Mientras tanto, en vano Menelao busca a Paris entre la muchedumbre y se considera vencedor.

Los heraldos notables juntaron las víctimas que debían inmolarsse para los sagrados juramentos, mezclaron vinos en

la cratera[53] y dieron aguamanos a los reyes. El Atrida, con la daga que llevaba junto a la gran vaina de la espada, cortó pelo de la cabeza de los corderos,[54] y los heraldos lo repartieron a los próceres[55] teucros y aqueos. Y, colocándose el Atrida en medio de todos, oró en voz alta con las manos levantadas:

AGAMENÓN. ¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, [56]gloriosísimo, máximo! ¡Sol, que todo lo ves y todo lo oyes! ¡Ríos! ¡Tierra! ¡Y vosotros que en lo profundo castigáis a los muertos que fueron perjuros! Sed todos testigos y guardad los fieles juramentos: Si Alejandro[57] mata a Menelao, sea suya Helena con todas las riquezas y nosotros volvámonos en las naves, surcadoras del ponto; [58]mas si el rubio Menelao mata a Alejandro, devuélvannos los troyanos a Helena y las riquezas todas, y paguen a los argivos la indemnización que sea justa para que llegue a conocimiento de los hombres venideros. Y si, vencido Alejandro, Príamo y sus hijos se negaren a pagar la indemnización, me quedaré a combatir por ella hasta que termine la guerra.

Dijo, cortóles el cuello a los corderos y los puso palpitantes, pero sin vida, en el suelo; el cruel bronce les había quitado el vigor. Llenaron las copas sacando vino de la cratera, y derramándolo oraban a los sempiternos dioses. Y algunos de los aqueos y los teucros exclamaron:

ALGUNOS AQUEOS Y TEUCROS. ¡Zeus gloriosísimo máximo! ¡Dioses inmortales! Los primeros que obren contra lo jurado, vean derramárseles a tierra, como este vino,[59] sus sesos y los de sus hijos, y sus esposas caigan en poder de extraños.

De esta manera hablaban, pero el Cronión[60] no ratificó el voto. Y Príamo Dardánida[61] les dijo:

PRÍAMO. ¡Oídmе, teucros y aqueos, de hermosas grebas! Yo regresaré a la ventosa Ilión, pues no podría ver con estos ojos a mi hijo combatiendo con Menelao, caro a Ares.[62]

Zeus y los demás dioses inmortales saben para cuál de ellos tiene el destino preparada la muerte.

Dijo, y el varón igual a un dios colocó los corderos en el carro, subió él mismo y tomó las riendas; a su lado, en el magnífico carro, se puso Antenor.[\[63\]](#) Y al instante volvieron a Ilión.

Héctor, hijo de Príamo, y el divino Odiseo midieron el campo, y echando dos suertes en un casco de bronce, lo meneaban para decidir quién sería el primero en arrojar la broncínea lanza. Los hombres oraban y levantaban las manos a los dioses. Y algunos de los aqueos y de los teucros exclamaron:

ALGUNOS AQUEOS Y TEUCROS. ¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concede que quien tantos males nos causó a unos y a otros, muera y descienda a la morada de Hades, y nosotros disfrutemos de la jurada amistad.

Así decían. El gran Héctor, el de tremolante[\[64\]](#) casco, agitaba las suertes volviendo el rostro atrás: pronto saltó la de Paris. Sentáronse los guerreros, sin romper las filas, donde cada uno tenía los briosos corceles y las labradas armas. El divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, vistió una magnífica armadura: púsose en las piernas elegantes grebas ajustadas con broches de plata; protegió el pecho con la coraza de su hermano Licaón, que se le acomodaba bien; colgó del hombro una espada de bronce guarnecida [\[65\]](#) con clavos de plata; embrazó [\[66\]](#) el grande y fuerte escudo; cubrió la robusta cabeza con un hermoso casco, cuyo terrible penacho [\[67\]](#) de crines de caballo ondeaba en la cimera,[\[68\]](#) y asió una fornida lanza que su mano pudiera manejar. De igual manera vistió las armas el aguerrido Menelao.

Cuando hubieron acabado de armarse separadamente de la muchedumbre, aparecieron en el lugar que mediaba entre ambos ejércitos, mirándose de un modo terrible; y así los teucros, domadores de caballos, como los aqueos, de hermosas grebas, se quedaron atónitos al contemplarlos.